

# Cátedra taurina en la base de Torrejón

## ANTONIO BIENVENIDA EXPLICO LAS SUERTES DEL TOREO ANTE UN AUDITORIO DE 174 SEÑORAS AMERICANAS



**A**L franquear su recinto de la base de Torrejón, los carteles indicadores y los anuncios luminosos hacen dudar al visitante si realmente ha cruzado el Atlántico y, en ese momento, toma tierra en Cabo Cañaveral.

La moneda de curso legal es el dólar y todo cuanto se consume en la base acaba de llegar, todavía fresco, de los Estados Unidos.

La vida de las familias americanas que habitan en la base de Torrejón ha sufrido un trasplante apenas advertido. Es como si alguien hubiese levantado la alfombra por las cuatro esquinas, con gente y todo, para trasladar de salón a los asistentes a un cóctel.

Por eso las señoras americanas pueden hacer en Madrid la misma vida que en California o Washington; los niños juegan al base-ball; los hombres madrugan, se afeitan en el despacho y disponen de un cuarto de hora para almorzar.

Ayer, el club «Señoras de Oficiales», de la base de Torrejón, recibía al torero Antonio Bienvenida. ¿Qué revistero se ha referido con ironía a la presencia abrumadora de inglesas y norteamericanas en las plazas de toros? Los implacables jueces de la tauromaquia se equivocan al no considerarlas capacitadas. Porque estas señoras han demostrado, al solicitar la presencia de Antonio Bienvenida, en su club, que saben distinguir al

que es maestro supremo en el arte de la tauromaquia.

Era la una de la tarde cuando llegamos acompañando a Bienvenida a la base de To-

rrrejón. El teniente coronel Young le aguardaba a la puerta para saludarle. Poco después el torero sería presentado a la directora del club, Hazel Stengele.

Realmente, la comisión organizadora había trabajado mucho en la preparación de la fiesta. En las paredes, carteles de toros, banderillas, fotografías de Antonio Bienvenida...

El salón de actos donde iba a celebrarse el almuerzo aparecía adornado profusamente con rosas de papel, abanicos y motivos taurinos a lo largo de las mesas. Allá, al fondo, en el estrado del pequeño escenario, un vestido de torear, tabaco y oro; un capote de paseo y la muleta junto a la montera.

Antonio entraba con el capote de brega y la espada envuelta en un pañuelo, como el muletillero que pide una oportunidad.

El general Wilson, jefe de la XVI Fuerza Aérea, acudió a saludar al torero. Alto, con una fortaleza colosal, lucía el vistoso uniforme con elegancia. En realidad, parecía un actor maduro de los que ha popularizado con frecuencia el cine americano.

Ciento setenta y cuatro mujeres ocuparon su sitio en el comedor, donde solamente podían contarse cinco hombres. La pequeña orquesta interpretó un paso doble con la delicadeza que pudiera poner en una partitura de Bach.

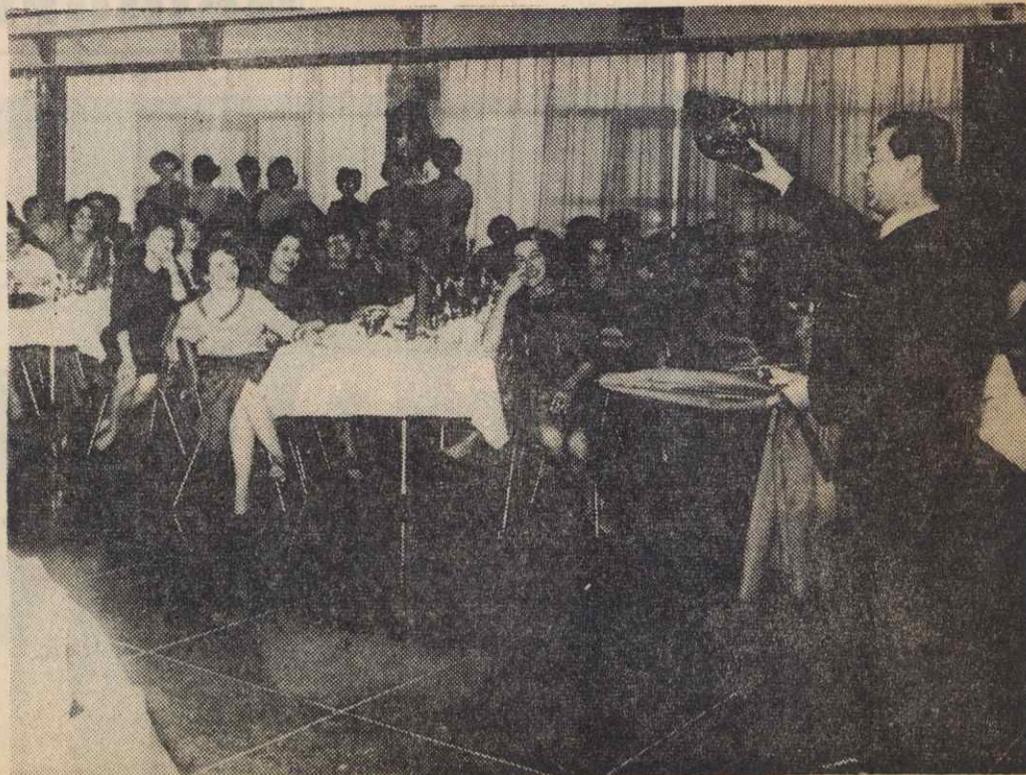
Antonio Bienvenida, sin dejar de sonreír, presidía a las 174 damas americanas.

—Estoy nervioso como si fuera a torear por primera vez en mi vida. Ya le dije al teniente coronel Young que habría preferido matar un toro que hablar en público.

Después del almuerzo, Antonio Bienvenida ocupó el estrado, para comenzar hablando del toro en el campo. Con sencillez de verdadero maestro, explicó lo que es un tentadero y su objeto.

—Se tientan las hembras para seleccionar entre las más bravas las que van a ser madres de los futuros toros de lidia. También se tientan los machos para elegir los seminales, que luego vivirán en la dehesa como en un gran harén.

Las señoras americanas aplaudieron entusiastamente



el fino humorismo de Antonio Bienvenida.

Pasó luego a explicar la importancia que tiene el toro con el capote para corregir los defectos del toro y enseñarle a embestir por derecho. Ilustró sus teorías tomando el capote de brega y toreando de salón.

—Esto, en teoría, es fácil; pero ante el toro, ya no lo es tanto. Sin embargo, el planteamiento no deja de ser bonito.

Antonio Bienvenida ejecutó y explicó la chicuelina, la navarra, el farol, las largas a una mano, la verónica, la larga cambiada por abajo, la larga afarolada y los faroles de rodillas. Demostraba con ello su completísima formación, su conocimiento exhaustivo de lo que es el toreo clásico, complementando la teoría con una ejecución fácil, a la que imprimía la impronta de su arte y la limpieza en cada movimiento.

La orquesta señaló el momento de cambiar de tercio, y Antonio Bienvenida habló de las banderillas, que cuando el toro se presta y el matador conoce la suerte, adquiere una gran vistosidad. Para demostrarlo, banderilleó de salón, al quiebro, al cuarteo, de poder a poder, y señaló lo que era un par por dentro y un par sentado en la silla.

—Lo más importante es al quiebro, puesto que se espera al toro de frente y con los pies juntos.

Otra vez intervino la orquesta para cambiar el tercio, y Antonio Bienvenida tomó la

espada, la muleta y la montera para detenerse un momento en explicar cómo debe llevarse colocada la espada en la mano izquierda sobre la muleta desplegada.

—Con la montera en alto se pide permiso a la presidencia y luego se dirige el torero al amigo que está en la barrera, para brindarle la muerte del toro. Yo brindo esta tarde a todas las damas aquí presentes.

Con la palabra precisa, en un prodigio de síntesis y de elegancia, Antonio Bienvenida resumió la importancia del toreo de muleta y sus adornos: el molinete, el afarolado, el cambio de mano, el pase ayudado por alto.

—Manolete le dió un sentido dramático al pase ayudado por alto. Yo recuerdo haberle visto dar hasta diez sin enmendar.

Luego comenzó la faena con las dos rodillas en tierra, habló del toreo defensivo y explicó minuciosamente cómo debía realizarse éste con eficacia plena.

Por fin, la suerte de matar: recibiendo, al volapié y al encuentro.

El auditorio femenino asistía a la lección de tauromaquia dictada por Antonio Bienvenida con los cinco sentidos puestos en su muleta. Clemente Navarro traducía al inglés las palabras del torero. Y, de pronto, como cuando la película termina y se enciende de súbito la luz en la sala, las señoras salieron de su encantamiento y rompieron en una larga ovación.

Antonio Bienvenida había dado una lección de tauromaquia que era pura geometría, mate-

máticas convertidas en arte, lenguaje científico con un soplo de poesía.

Marino GOMEZ-SANTOS

(Fotos Raúl Cancio.)

